

# LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

## LOS ENCARGOS DE MI TIA.

Recuerdos de un viaje del Tio Matraca

CONTADO POR ÉL MISMO.

Yo habia sido educado desde muchacho por mi tia Reverenciana.

Mi tia era una señora muy antigua y muy piadosa, de aquellas que veian al diablo en todas las cosas en que no veian á Dios.

Escuso decir la educacion que me daria.

Segun el mundo y sus reglas, una educacion asfixiante. Pero segun mi tia, que tuvo siempre al mundo más horror que al diablo, porque como enemigo del alma lo consideró siempre superior en categoria, la mejor de todas las educaciones.

Y la verdad es, que cualesquiera que fuesen las piadosas exageraciones en que mi tia pudiese haber incurrido en punto á mi educacion, ello es que yo me criaba inocenton y coloradote como un ángel de retablo, mientras Baldomerito, el hijo de mi vecino D. César, con sus viajes á Francia, sus maestros de equitacion y su educacion á la inglesa, se criaba medio tísico y con más vicios que una parra.

En cambio, eso sí, él montaba á caballo como un general, y yo apenas si sabia ir en burro hasta el huerto de mi tia, y aun esto acompañado por el señor Ramon que era su criado de confianza.

Pero no hay remedio; todo cambia en el mundo, y mi vida habia de cambiar tambien.

Mis padres me reclamaron, y el que hasta entonces solo habia viajado en burro, vióse precisado á tomar el primer tren y salir para la estacion de \*\*\*\*, donde me esperaba el autor de mis dias.

Verdaderamente aquel tren iba á conducirme... *al mundo*.

Dado el caracter y condiciones de mi tia, júzguese cual seria la despedida. Cubrióme de besos y de escapularios; hizome doscientos encargos, de los que al cuarto de hora habia ya olvidado ciento noventa y nueve; y, sobre todo, me recomendó muy especialmente que jamas apartase de mi memoria las máximas y consejos que me habia enseñado para que me sirviesen de norma y guia en las varias ocasiones de mi vida.

—Jamás olvides que eres cristiano, hijo mio, dijo dándome el último beso, y antes que *exponer tu alma, ten valor para perder tu cuerpo*.

Estas últimas palabras se me quedaron muy grabadas en la memoria.

Momentos despues, caminaba acompañado del tio Ramon hácia la estacion próxima, donde el buen viejo, despues de arreglar mis bártulos, me abrazó; y sonándose á tono brillante en señal de emocion, me volvió la espalda quizá para no verme más. Yo me llevé tambien la manga á los ojos para limpiarme una lágrima. Aunque de poca edad, no dejaba de sentir aquel último adios de mi niñez. Parecióme en mi tristeza que hasta el burro, compañero de mis diabluras infantiles, me miraba con desconsuelo.

Pero de repente una voz chillona vino á sacarme del éxtasis.

—¡Señores! ¡al tren! dijo un hombre que llevaba muchos galones.

Entonces, cogí las cestas, el paraguas, la jaula con el canario y una urna bastante grande con un Cristo y reliquias que me habia encargado mi tia para una amiga suya, y me precipité en el anden.

Alli habia muchas gentes; todos querian subir á la vez; la confusion era espantosa; tanto, que sin apercibirme, empezó á andar el tren y aun no me habia yo encaramado.

—Pero ¿será posible que me quede en tierra? dije asiéndome á donde pude cargado con mis utensilios.

—¿A dónde vá V. criatura? me gritó un caballero muy estimado que asomaba la gaita por una portezuela. A los trenes *express* no se viene con esa impedimenta. Aquí no cabe V.

—Perdone V. señor; no sabia que era *express*. Y diga V. ¿adónde vá *espresamente* este tren?

—A los infiernos, me contestó volviéndome la espalda y dejándome con la boca abierta.

—V. debe ser de Babia, saltó entonces una voz cascada que sonó detrás de mí.

Era un empleado con un gaban muy largo que venia exigiendo los billetes.

—¿No sabe V. que este es el tren de recreo número 362?

—¿De recreo y á los infiernos? No tardará en llegar; pensé entre mí; y lo pensé, porque me acordé de una máxima de mi tia:

Quien por el mundo traidor  
vá á caza de devaneos,  
al infierno irá en vapor  
embarcado en sus deseos.

—El billete, gritó el empleado.

Entonces traté de meterme la mano en el bolsillo, pero no pude; porque con una tenia que asirme al pasamano del estribo; y con la otra, sostener mis apreciables objetos.

¿Quiere V. hacerme la caridad de sostenerme esto? dije tratando de entregarle por un momento la urna con las reliquias.

—¡Qué caridad ni qué niño muerto! Venga, y despache V. pronto.

Entonces fué á tomarla, pero la soltó en seguida.

—Eso pesa mucho; ¿qué diantres lleva V. ahí dentro?

—¡Cómo que pesa! Si es una urna con reliquias y un Santo Cristo que mi tia me ha encargado para...

—Sea lo que quiera; digo que pesa, y sobre todo, con esos mamotretos no se viene á un tren de recreo. Venga el billete.

Y á esto, el tren marchaba á todo vapor.

Yo me puse muy colorado, y casi me persuadí de que pesaban demasiado los encargos de mi tia. Tan grandes eran mis apreturas. Sin embargo no solté el cajon. Metí el brazo por entre el coche y el pasamano para sostenerme y tener un remo libre, y sacando como pude el billete, se lo entregué al hombre del gaban.

—Una carcajada, la más buriona que he escuchado en mi vida, me heló la sangre. Era que aturdido le habia dado mi cédula de comunión.

La carcajada fué tan ruidosa, que todos los viajeros se asomaron á las ventanillas. En cuanto se enteraron de lo que era y vieron la urna, la broma se hizo general.

—¡Es un fanático que vá cargado de reliquias! decian unos.

—¡Es un loco, exclamaban otros!

—¿A ver como tiene la cara?

A todo esto, el empleado me exigia el billete riéndose tambien.

—¿Dónde me he metido? pensaba yo volviendo los ojos á todas partes. ¿Qué jentes son estas, que se burlan porque ven una cédula de comunión, y se rien porque llevo reliquias?

—¿Qué tren es este? pregunté con la mayor inocencia. ¿No es el que vá á mi pueblo?

Volvieron á reirse.

—Este es el tren *del mundo*, dijo un chusco.

—Es el tren de la civilizacion; donde no pueden viajar los sacristanes.

—Es de recreo, y no se admiten equipajes, saltó un granuja aludiendo á la urna del Santo Cristo.

El empleado, entonces, me dijo terminantemente: que ó abandonaba la urna, ó me quedaba en la primera estacion, porque con ella no podia entrar en los coches.

Aquello me afligió ya mucho. ¿Tendrian razon aquellos señores para burlarse de mí? ¿Seria yo un majadero en venir cargado con aquellos objetos á un tren de recreo? Me vi tan apurado y sofocado, que casi estuve tentado á abandonarlos en la via; pero me acordé de otra copla de mi tia.

Quando la piedad pesa,  
señal segura  
que es muy debil el alma  
del que la usa.  
¡Ay del que quiere  
llevar tan solo a Cristo  
mientras no pese!



—¡Dios mío! exclamé comprendiendo que lo que me hacia vacilar era el ataque del ridículo. ¡Dios mío, ayúdame!

Estas palabras fueron ahogadas por un silbido espantoso. Hasta la máquina parecía que silbando se burlaba también. Al mismo tiempo, una bafada de humo espeso me cortó la respiración. Era que atizaban el fuego de los hornillos. El tren multiplicaba su velocidad, y yo sudaba la gota gorda.

Entre tanto en los coches se oían grandes risotadas. Se conoce que los viajeros iban muy contentos y que todo el mundo se divertía menos yo, que impedido de entrar en los coches con el *devoto* equipaje, ni me resolvía á tirarlo, ni á abandonar el tren.

Me pasaba la que á los cristianos de media tinta; que, sin saltar el *equipaje de la piedad*, quieren viajar en el *tren del mundo*.

Esto me trajo á la memoria otra copla de mi tía:

Los que entre el mundo y Cristo  
viven á medias,  
inventando pamplinas  
y componendas,  
al fin y al cabo,  
ni de Cristo disfrutan  
ni del diablo.

No obstante la copla, yo que debía tener naturaleza de conservador, insistí en buscar el término medio

—Me meteré en la perrera, dije para mí, y negocio arreglado.

Entonces empecé á atravesar el tren desde la cabeza hasta la cola.

Era lo mismo que recorrer una serpiente á lo largo de sus anillos; cada uno llevaba su veneno.

En unos coches se hablaba de una cosa, en otros se hablaba de otra, pero en ninguno se rezaba el rosario. ¡Quien reza el rosario en el *tren del mundo*! como le habia llamado uno de los viajeros.

En el primer coche iba jente joven, y se bromeaba de lo lindo.

—Guardad las formas señores: decia un viejo verde echándose de pillo, y guiñando los ojos ribeteados por el humor herpético.

No quise oír más.

El otro coche era de primera, y lo ocupaban *hombres serios*.

—Las elecciones de Villa-frita..., doscientos votos...; el Gobernador tuvo la culpa...; las coacciones del distrito...; son unos pillos...; el sufragio...

—No necesitaréis pocos el día que os murais, dije siguiendo hacia el otro departamento que era un reservado.

—No tengas duda de que la condesa se pinta, decia una señora muy empereligada.

—No se pinta la condesa.

—Te digo que la condesa se pinta.

—Te digo que no se pinta la condesa.

En el de más allá cuchicheaban unos pollos tísicos.

—¿Has visto que vecinas?

—¿La rubia ó la del sombrero?

—La jaimona del abanico.

Pasé al otro coche.

—Desengañese V.; fué una subida en falso.

—Por eso yo no juego al alza.

—Ni yo he querido nunca bonos.

—Es que los treses....

Seguí adelante.

—¡Chico que garganta! decian en otro coche.

—Es mejor la *Panzoni*.

—Pues no que la *Nani*.

—El cuarto acto fué divino.

—¡Oh, que cuarto acto!

Continué y me encontré con un hombre solo. Ostentaba gruesos brillantes: parecia inglés y leia muy abstraído.

—La biblia, dije para mí; al fin no falta quien se acuerde de Dios.

Miré y era un tratado de cocina.

Entonces comprendí que habia poco que esperar.

Aquel tren, realmente, era el *tren del mundo*; pero del mundo moderno con sus medias cañas de civilizaci6n y sus punteras de progreso. Allí nadie se acordaba de Dios ni de Cristo, y aun yo que me acordaba, andaba dudando si abandonaria el que llevaba en la urna de mi tía, para evitar que se burlasen de mí.

Continué tren abajo, y continué oyendo el jolgorio.

Gritos, silbidos, bromas, carcajadas. Unos hablaban de mujeres, otros de *negocios*, otros de bailes, de teatros, de chascarrillos, de cacerías, de proyectos.

Quién charlaba de política, quién disputaba de filosofía diciendo cincuenta mil disparates.

Cuando llegué á los coches de tercera estaba aturrido; pero aun me aturdi más. Allí la cascarilla de la llamada *buena educaci6n*, barniz aplicado muchas veces para ocultar inmundicias, no existía, y por tanto los tipos eran más francos. Se comentaban crímenes, se celebraban valentías, se decían necedades, se cantaban coplas sucias, se bebía vino fuschinado y se comía pan y salchicha mezclada con blasfemias.

Lo que más me chocó entre aquel pandemonium de miserias humanas, fué un comisionista de polvos para adulterar quina, que peroraba á voz en grito contra el oscurantismo de los tiempos antiguos, y bendecía los modernos que permitían al hombre toda clase de libertades.

—¡La libertad es muy hermosa, señores! gritó entusiasmado para terminar el discurso. ¡No hay nada como el progreso y la civilizaci6n!

—Y el vino á dos cuartos, contestó el tío de la salchicha, echándose otro trago de fuschina en cantidad suficiente á reventar á tres meses fecha.

—Es muy hermosa la libertad.

—Y tan hermosa, volvió á contestar el tío, echándose otro trago. Por eso no la quieren los beatos.

—Pues que rabien los beatos gritaban varias voces; y luego cantaban á coro:

Cada vez que considero  
que me tengo que morir,  
tiendo la capa en el suelo  
y me reviento á dormir.

Por no morir me yo de veras pasé de largo, y me agarré al último furgon donde iban los perros, seres los más honrados de todo el tren, sin duda por lo poco civilizados.

Cuando llegué, aun se oía gritar al comisionista; pero entonces gritaba porque le habian robado el reloj.

Luego solo se oyeron risas y voces confusas que cantaban coplas alusivas á la *libertad*; (sería á la de quitar relojes).

En este momento empecé á escuchar un rumor siniestro. La máquina volaba, y cada vez silbaba con más fuerza. A lo lejos me pareció ver un túnel, de cuya negra boca salía humo; me alarmé extraordinariamente; sin embargo los empleados corrían muy alegres por los estribos felicitando á los viajeros.

Al colmo iba ya á llegar mi angustia, cuando he aquí que al saltar de un coche á otro, uno de ellos se agachó y... ¡horror! enseñó una cosa que me pareció cola; juraría que era una cola. Verla y darme un vahido todo fué una cosa.

Me persuadí que aquel tren no era natural. Debía ser *una cosa mala*, como decia mi tía.

—¡Hé! ¡señores! empecé á gritar á los viajeros volviendo tren arriba. Señores que nos perdemos; que este tren va á mala parte. Arrojar se, señores, arrojar se á escape, que más vale *destrozarse el cuerpo que perder el alma*. Abajo, señores, abajo.

Pero, ¡que si quieres! nadie hacia caso. El estrépito y las risas eran cada vez más atronadoras.

Los que hablaban de política seguían hablando de política; los que de placeres, de placeres; los que formaban grandes proyectos, y los que maquinaban grandes diabluras, todos seguían su faena como si el mundo fuese suyo y no hubiese á quien dar cuenta de tanto enredo.

Y entre tanto, el tren que habia tomado una horrorosa pendiente, caminaba con una velocidad solo comparable á la de la vida que corre hacia la muerte.

Pues á mí no me sorprenderá en la indecision, dije disponiéndome á dar el salto. Pero... ¿cómo tirarme sin romperme un hueso?

Entonces me vino á la cabeza otra máxima:

No romperá del mundo  
los lazos férreos  
quien ande con temores  
y miramientos.

Sin apreturas,  
ni se alcanzan virtudes,  
ni pescan truchas.

Tiene razon mi tía, dije, y sin pensar ya más, me tiré de cabeza.

Escuso decir que momentos después me recogían en un capazo y era trasladado al pueblo inmediato.

Cuando abrí los ojos encontré á mi lado á un mediquillo joven muy elegante, que acababa de hacerme la primera cura.

—¿Como ha caído V.? me preguntó.

Entonces le conté lo ocurrido.

—¡Horror! exclamó con enfasis. ¡Parece imposible tanto fa-



matismo! Está visto que mientras en el mundo haya sotanas no acabará la...

—Señor, dije sin dejarle concluir, ¿qué culpa tiene nadie de que yo haya tomado al pié de la letra unas máximas espirituales? Despues de todo, crea V. que me consuela una cosa que tambien me enseñó mi tia, y es: que á *quien va por el camino de la buena intencion, hasta las torpezas se le convierten en beneficios*, porque la Providencia le protege.

—¡La Providencia! exclamó el mediquillo. Se conoce que V. es un niño.

—¿Es que tampoco cree V. en la Providencia?

—Creo en la *inmanencia*, y basta.

—¿Y eso que es?

—Una ley en virtud de la cual el fanático que se tira de un tren se rompe la crisma, y el que no se tira no se la rompe.

No había acabado de decir estas palabras, cuando se abrió ruidosamente una puerta.

—¡El médico titular! exclamó un hombre pálido como la cera.

—¿Qué pasa?

—Que se venga V. inmediatamente, pues acaba de ocurrir una catástrofe espantosa. Se ha roto el puente de Despeñapillos, y se ha precipitado en el abismo el tren núm. 362.

—¡El de recreo! exclamé dando un grito. ¡Gran Dios! ¿Y aun dicen que no hay Providencia?

—Señor médico, ¿oye V.? dije volviéndome. Pero el médico había desaparecido.

Entonces llevándome las manos á la cabeza y considerando la sabiduría que encerraban los consejos de mi tia, exclamé con las lágrimas en los ojos:

¡Bendito seas, Dios mio,  
que al inocente,  
en su propia inocencia  
salvaste siempre;  
mientras al mundo  
le dejas que se estrelle  
contra su orgullo!

## POLVOS Y LODOS.

(Conclusion.)

### IV

Al pié de los Alpes marítimos, y en aquella parte de la alta Italia que ocupa la Lombardia, brota al lado de un peñasco y en el fondo casi de un barranco, un manantial de aguas medicinales. Bájase á él por una escarpada senda, que recorren los enfermos en bestias ó literas, con riesgo manifiesto de encontrar en el fondo del barranco el remedio total de sus dolencias. A la izquierda se descubre desde una altura Monza, la antigua capital del reino Lombardo-Véneto, y á la derecha queda el camino de Mónaco, la famosa *corbeille de fleurs*, que oculta entre sus hojas esa serpiente venenosa que ha cubierto toda aquella tierra de tumbas de suicidas: la ruleta de Baden-Baden, que expulsada de Alemania ha ido á labrar en el exiguo principado su magnífica caverna.

La especulacion ha levantado al lado del manantial un gran *Hôtel*, en que falta al enfermo una capilla en que pedir á Dios misericordia, y no le falta sin embargo un salon de baile en que prepararse á morir, ni una ruleta, sucursal de la de Mónaco, en que ganar el dinero para su entierro. ¡Qué triste es ver agitarse allí, al compás de un piano, unas piernas á que pronto comunicará la muerte su rigidez espantosa! ¡Qué horrible ver adelantarse una mano descarnada, para fiar á un punto de la ruleta, cantidades que debieran de estar ya consignadas en un testamento!

Mézclanse allí entre las gentes honradas que vienen á tomar las aguas, algunos de los opulentos jugadores de la *Contamine* de Mónaco, y algunos de esos otros tahures y bribones que pululan al rededor de las mesas de juego, como asquerosas ratas á caza de desperdicios. Allí se hablan todos los idiomas, corren todas las monedas, se cometen todas las infamias, y se sufren todos los dolores... Allí tambien acude de cuando en cuando la muerte, á escarbar en aquel cenagal de enfermedades y de vicios, para sacar á tirones de este mundo á un alma que cae en manos de Dios vivo, mientras en el hotel siguen, tabique por medio, jugando, bailando y sufriendo.

Por agosto de 18... llegué á este famoso hotel, acompañan-

do á otro Padre enfermo, que iba á tomar las aguas. Habíase recogido una noche mi compañero más temprano que de ordinario, por hallarse algo fatigado, y á la luz de una vela de esperina me preparaba yo en el aposento inmediato á escribir algunas cartas. Aun no había comenzado mi tarea, cuando llamaron á la puerta: era una camarera del hotel, que me buscaba para auxiliar á un moribundo. Detúveme tan sólo el tiempo necesario para coger mi crucifijo, y seguí en pos de ella por aquel dedalo de corredores, guarnecidos por todas partes de puertas.

—¿Y está muy grave? le pregunté por el camino.

—Yo creo que está ya muerto, me contestó con la mayor naturalidad. Esta mañana me dijo que avisase á un sacerdote que había visto en la fuente, y yo me olvidé de ello... Entré esta noche á ver si quería algo, y ya no contestaba... ¡*Madonna mia!* ¡qué miedo, verle boca arriba, mirando al techo!...

Comprendí que no era ocasion de decir á aquella mujer lo que merecia, y me limité á apretar el paso, mientras le preguntaba:

—Pero el médico, ¿qué ha dicho?

—Si el médico no lo ha visto, *signor*... Ese hombre no viene á las aguas; viene á la ruleta... Es un pobrete *signor*: paga sólo tres liras...

Llegamos por fin al último piso del hotel, y se detuvo mi guia ante una puerta entreabierta; allí se despidió diciendo que era necesario avisar al amo, para que sacasen ántes del alba el cadáver de aquel hombre, que aún no se sabia si había muerto. Penetré, pues, solo en aquel cuchitril infecto, en que no había más que dos sillas, una mesa y una especie de catre de tijera. En él se hallaba tendido boca arriba un hombre, que respiraba fatigosamente: tenia los ojos cerrados, y una mano delicada y blanca cual la de una dama, salía por entre las ropas del lecho, oprimiendo fuertemente algunas prendas de vestir viejas y mugrientas, con que sin duda había procurado arroparse. A la luz de la bujía que allí encontré encendida, examiné aquellas facciones en que la muerte había impreso ya su característico sello: era un hombre de más de cuarenta años, y sobre la palidez cadavérica que cubria su semblante, destacábanse esas manchas rojas y granujentas, amaratadas entónces, que producen las bebidas alcohólicas en las personas dadas á este vicio. No me desalenté sin embargo; ocurrióseme al punto que aquel hombre podría ser un vicioso y hasta un criminal, pero no era seguramente un impio. El hecho de haber pedido un sacerdote, revelaba ese resto de fe, más ó menos viva, que establece un abismo sin fondo entre la impiedad formal y el mero libertinaje.

Removíle primero suavemente, y despues con violencia; hablele luego al oído en cuantos idiomas sabia, pues ignoraba cual era el suyo. Mas el moribundo permanecía siempre inmóvil, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, respirando de aquel modo fatigoso, semejante ya al estertor de la agonía, y latiendo su corazón apresuradamente cual un reloj que gasta su cuerda rota.

Imposible era administrarle el sacramento de la Extremaunción, porque el pueblo más cercano era Roccabruna, y distaba más de una hora de camino por la áspera pendiente de la montaña. Fundándome entónces en que al pedir aquel desgraciado un sacerdote, había demostrado su deseo de reconciliarse con Dios, extendí sobre él mis manos, y *sub conditione* le di la absolucion. Coloqué despues mi crucifijo sobre su pecho, y me senté á su cabecera, sin que pudiese prestarle otro auxilio que el de humedecer de cuando en cuando aquellos labios secos, con mi propio pañuelo que mojaba en un jarro.

Así pasaron dos horas: á lo lejos oía el piano del salon de baile que tocaba una polka; á mi lado percibía el aliento de aquel hombre desconocido que iba á espirar. Faltóme al fin el aire en aquella reducida estancia infectada por el vaho del enfermo, y abrí la ventana para respirar un momento. Al frente se veían las de la sala de juego, tambien abiertas, y pude distinguir bajo las pantallas verdes de sus lámparas, los rostros ansiosos de los jugadores que se inclinaban sobre la ruleta, y los montones de oro que cubrian el tapete.

Un ruido estridente y desagradable resonó entónces hácia el lecho del moribundo: creí que arañaba en la pared con las uñas, y acudí al punto á su cabecera. Encontréle sin embargo en la misma postura, inmóvil como le había dejado. Entónces volvióa resonar aquel mismo ruido que me causaba escalofrios: era que el moribundo rechinaba los dientes...

A lo lejos tocaba entónces el piano el brindis de *Lucrecia*, y una poderosa voz de contralto cantaba al mismo tiempo su famosa letra, *Il secreto per esser felice*... Oprimióseme el corazón tan fuertemente, que no pude contener las lágrimas; y obedeciendo á un movimiento espontaneo, acerqué el crucifijo á aquellos labios secos; mas éstos permanecieron mudos é inmóviles, y no lo besaron.

A las dos movió el moribundo levemente la cabeza, y arrojó



por la boca una poca de sangre: diez minutos despues entró en la agonía. Entónces me arrodillé á su lado, y comencé á recitar la recomendacion del alma. Al llegar á las palabras *Redemptorem tuum facie ad faciem videas.* — *Veas á tu Redentor frente á frente,* el agonizante experimentó una fuerte sacudida. Abrió los ojos, me miró espantado, echó hácia atras la cabeza con tal violencia que sentí crujir sus vértebras. y arrojando por narices y boca un mar de sangre negra, se quedó muerto.

Sentí un estremecimiento de horror que me corria de pies á cabeza, y apénas si pude balbucear hasta el fin aquellas oraciones. Al terminarlas llamé á la camarera, y á poco llegó tambien el dueño del hotel, acompañado del médico y de otros dos hombres. Adivinando entónces la repugnante escena que iba á seguirse, me retiré á mi cuarto para rezar por el alma de aquel muerto sin nombre, el oficio de difuntos.

A poco sentí que abrian una puerta que daba al campo, situada al pie de mi ventana. Ya el alba comenzaba á clarear, y pude distinguir á dos hombres del pueblo que salían sigilosamente. Llevaba uno al hombro una azada, y el otro conducía del diestro á un borrico: sobre éste iba atravesado un bulto, envuelto en una sábana sucia. Tomaron en silencio una estrecha senda que trepa por la montaña, hasta llegar á Raccabruna, antigua ciudad de Mónaco, perteneciente hoy á Francia. Al volver un recodo del camino, enredóse la sábana en un matorral, y desgarrándose por un extremo, dejó asomar los pies desnudos y agarrotados de un cadáver.

Era el de aquel desconocido, que marchaba ya camino del cementerio.

Aquella tarde se presentó en mi cuarto el dueño del hotel, suplicándome que le tradujese al italiano algunas cartas en español, encontradas en la maleta del difunto.

—Era un falsario de España, me dijo. Vea V. lo que traía en un doble fondo de la maleta.

Y al decir esto me mostraba varias plantillas falsificadas, de billetes de los Bancos de Turin y de España. Miré los sobres de aquellas cartas, y vi con indecible espanto, que iban todas dirigidas á Manolo.

Entónces se me ocurrió escribir esta historia, para dedicarla á ciertos padres de familia.

LUIS COLOMA, S. J.

(Mensajero del Corazon de Jesús.)

## VARIEDADES.

### La viuda de Sarepta.

Huyendo Elias de la ira del Rey Acáb. hubo de abandonar su patria y marchar al pais extranjero de Sidon. Llegando á la ciudad de Sarepta, vió á una pobre mujer que andaba reuniendo una poca leña para hacer fuego. Dirigióse á ella y le pidió un vaso de agua y un poco de pan. Grande era el hambre en toda aquella tierra: hacia tres años que no llovía. Aquella pobre mujer era viuda, y no tenía más que un hijo.

—¿Cómo quieres que te traiga de comer, dijo al profeta extranjero, si no tengo más que un puñado de harina y un poco de aceite?

La economía hablaba por su boca: era en verdad una exigencia rara de un extranjero. exigir que le mantuviera una pobre viuda con un hijo, y en año de esterilidad, y sin recursos. Con todo, los pobres suelen ser más generosos que los ricos, y de lo poco que tienen suelen dar con más cordialidad. Dios habia manifestado al profeta que aquella mujer estaba encargada de su sustento. Instó el profeta, y la mujer marcha á casa, agota sus escasas provisiones en hacer una torta con aceite, y la cuece bajo el rescoldo de aquellos pobres leños, y comen los tres; veró ¡oh prodigio! la harina continúa en el mismo estado, y el aceite tampoco se ha agotado. Elias, la viuda y su hijo comen un día tras otro de aquellas provisiones, y las provisiones no se agotan. ¿Es la viuda la que mantiene á Elias, ó es el profeta el que mantiene á la viuda en premio de su fé? Es Elias indudablemente el que mantiene á esta; y cuando muere poco despues el pobre muchacho, le vuelve á la vida, pagándole con creces á la viuda el favor que le ha hecho y la confianza en Dios y en sus palabras. Esta viuda no tenia economía segun el mundo; pero tenia economía santa.

(Mensajero Seráfico.)

### El Injo.

Es amable tirano, que arruina las familias, mata las almas y trastorna las sociedades.

Por su maléfico influjo todo anda revuelto: las criadas pretenden ir vestidas con tanta elegancia como sus señoras: los cafés, teatros y demás sitios de diversion y recreo se ven concurridos por artesanos y obreros; las clases de la sociedad andan mezcladas como ruedas de máquina deshecha, sin que ocupe cada uno el puesto que le corresponde, y guardando el cual, contribuiria al buen ór en, armonía y bienestar social.

Pero como para gastar lujo se requiere mucho dinero, los dominados por este vicio lo buscan por buenos y malos medios, haciendo traicion á su conciencia.

¡Si en cada vestido se hallase escrito el medio de que se ha valido el que lo lleva para adquirirlo, algunas cabezas irian ménos erguidas!

## MÁXIMAS Y CONSEJOS.

Mejor es un bocado de pan seco con gozo, que casa llena de viandas con disgustos.

Mejor es lo poco con justicia que muchos frutos con iniquidad.

No se apartará el mal de la casa del que devuelve males por bienes.

La templanza en la comida y bebida es la salud del cuerpo y del alma.

El vino bebido con exceso ocasiona amargura del alma, ira y muchas ruinas, y la embriaguez expone á peligros, disminuye las fuerzas y causa heridas.

Las manos flojas en el trabajo son ocasion de miseria, pero se libran de ella las manos fuertes y laboriosas.

El hombre nace para trabajar como el ave para volar.

El que ama el pecado aborrece su alma. ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?

Dichosos los que viven una vida pura y sin mancha, y andan por el camino de la ley del Señor.

Teniendo con qué alimentarnos, y con qué cubrirnos debemos estar contentos.

Buscad el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura.

Quien guarde su lengua guarda su alma de angustias.

Grande es el que ha llegado á la cumbre de la sabiduría y de la ciencia: pero mayor es el que teme á Dios.

Quien ama banquetes, empobrecerá, y quien tiene aficion al vino y á bocados exquisitos no se enriquecerá.

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA, Biblioteca popular establecida en Barcelona, calle de los Angeles, 14, nos ha remitido el cuarto tomo de la excelente Biblia que mensualmente reparte, y de la cual hemos hecho ya otras veces el elogio que se merece.

La suscripcion á dicha interesantísima obra concluye á fin de Junio; desde aquella fecha resultará aumentado su valor en un cincuenta por ciento. Lo advertimos pues, á nuestros abonados que no se hayan suscrito aun, para que no experimenten quebranto cuando resuelvan adquirir la indispensable Biblia que edita la antedicha Biblioteca.

## LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean novecientos periódicos al mes, que el accionista reparte por entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

### PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Península.	América.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2	2.50
Un cuarto id.	1	1.25
Un octavo id.	50 cents.	

Por medio de corresponsal 25 cents. de peseta mas por accion. Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.